

Y cuando los instantes de la vida
Conoció que la fuga apresuraban,
Reuniendo en sí los últimos alientos,
Resplandores de lumbre que se apaga,

Al mancebo y á Zaide, que postrados
Al pié del lecho consternados callan,
Con voz lánguida pide que se acerquen,
Y que escuchen sus últimas palabras.

Haciendo despejar el aposento,
Do el ángel Azrael (3) victoria canta,
A los físicos doctos que la cercan
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos
Con luz ardieron de celeste llama,
Y tendiendo los brazos en su seno
Estrechó á aquel objeto de sus ansias;

Y con labio anheloso: «Hijo, le dice,
Hijo (que nombre tal el cielo manda
Que te dé en este instante), en otro suelo
Una sagrada obligacion te llama.

Crece en valor... y cuando llegue el día...
Zaide... tú cuidarás...» La huella helada
De la muerte feroz selló su boca,
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aún con ojos y con brazos muestra
Los últimos anhelos de su alma,
Y dejando en las manos del mancebo
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,
Y el Huérfano infeliz entre los brazos
Del triste Zaide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel día de terror y espanto,
¡Cuán diversos afectos agitáran
Al jóven desdichado!... A describirlos
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,
Que de su corazón jamás aparta,
Y el secreto escondido que contiene,
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria
De Zahira las últimas palabras,
Y le turban el sueño, y en su mente
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide
Ruega y conjura, que con mano franca
Y amiga rasgue el tenebroso velo
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,
O suspirando y con amor le abraza,
Y, «Crece, crece, le contesta sólo,
Y aprende á fulminar la dura lanza.»

Ya diez y nueve veces visto habia
De Ramazan las ceremonias vanas
La luna en la mezquita celebrarse,
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,
En el jardín del opulento alcázar,
Recien nacido infante, lo encontraron
Unos esclavos á la luz del alba;

Y manejaba ya con diestra mano
El dócil potro y corva cimitarra,
Aplausos consiguiendo en las escuelas,
Y pruebas de valor é ingenio daba;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo
De dejar sucesores de su fama,
Y de dar de su estirpe generosa
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo
Abdimelik (que en poco sobrepasa
La edad de aquel Expósito, á quien vive
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba,
Bella como la luz de la mañana,
De Omar, Walí (4) glorioso de Toledo,
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato régio y régia pompa
Se celebró la boda en el alcázar,
Y en los anchos jardines de la Almunia,
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol
En la márgen del Bétis descollaba,
Y sus ricos jardines y alamedas
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni aún se sabe el sitio donde fueron,
Ni el corvo arado sus cimientos halla:
¡Con tal furor su huella asoladora
En tí, Córdoba ilustre, el tiempo estampa!

A celebrar tan venturoso enlace
Cuantas naciones el Corán aclaman,
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,
Los aromas y bálsamos de Arabia,
Las perlas y corales del Oriente,
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan
La codicia, el valor, el poderío,
Cuanto puede inventar la industria humana;

Todo reunido en Córdoba enriquece
De tan nobles linajes la alianza,
Que el pueblo numeroso entusiasmado
Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,
Del lujo amigo y de la pompa vana,
Los públicos festejos le enloquecen,
Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor más alto
Y mayor precio á tal enlace daba,
Era el feliz amor, que en los esposos
Vehemente ardía con honesta llama:

Amor, cuyos progresos y dulzuras
De Abdimelik amigo, presenciaba
El Expósito triste, para aumento
Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando
Las dichas que á su amigo se preparan
Y concibe el consuelo y las delicias,
Que da el amor recíproco á las almas:

Delicias que jamás tendrá la suya...
¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ansias,
Huérfano desdichado, que á otro suelo
Una escondida obligacion arrastra!...

Para la boda el tiempo señalado
Llegó en la hermosa luna de Giumada (5),
Que trajo la apacible primavera
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso día,
Cuando del sol apenas esmaltaba
La clara lumbre en la vecina sierra
De la fragosa cima las pizarras,

Después que al Almueden (6), de la mezquita
En el alto alminar, con voces altas,
No hay más que un solo Dios, venid, oh fieles,
A adorarle venid, ronco gritaba:

El estruendo de trompas y atabales,
Panderos, añafles y dulzainas
Anunciaron al orbe, que aquel día
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron
Su libertad en tan feliz mañana,
Que Almanzor generoso sin rescate
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros
Con las marlotas de esplendente grana
Y con blancas garzotas los turbantes
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,
Cándidos cual la espuma con que esmaltan
Los frenos y pretales, adornados
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño
Con la estruendosa y plácida alborada,
«Viva, gritando van, los claros nombres
De Abdimelik y Habiba edades largas.»

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,
Y repite los vivas, y engalana
Pórticos, rejas, torres y azoteas
Con alfombras, damascos y guirnaidas;

Y la alegría bulliciosa tiende
Por toda la ciudad risueñas alas,
Y cunde la confusa muchedumbre,
Y en vivas á Almanzor se inunda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,
La gloria que su brazo da á la patria,
La justicia y virtud con que gobierna,
La proteccion con que el saber ampara,

Su generosa condicion, su aspecto,
Su nombre y los recuerdos de su hermana,
Cual genio tutelar le representan
Al pueblo musulman, que lo idolatra.

Cuando ya el sol sus rayos estendia,
Abriéronse las puertas del alcázar
Del potente Almanzor, saliendo de ellas
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,
Que al Hagib en la guerra acompañaban,
Y que á su lado con insignes hechos
Dieran asunto al canto de la Fama.



En lozanos corceles, que pomposos
Pausados mueven la ligera planta,
De dos en dos siguiendo un estandarte,
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,
Que á las eternas Huris (7) deslustráran,
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpetuas,
Y frescos arrayanes coronadas,
Siguen, cantando deliciosos versos
Al dulce són de sonoras flautas.

Unas llevan perfumes olorosos
En braseros de esmalte y filigrana,
Otras de flores lindos ramilletes,
Otras de oro y marfil ligeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima
Era bello adalid, y descollaba
Entre ellas en beldad y en gentileza,
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,
Nobles matronas y gentiles damas,
Los jóvenes esposos aparecen,
Ofuscando del sol la lumbre clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina
Como la rosa del abril temprana,
Rojo matiz de pudoroso encanto
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante
De rica seda del color del alba,
Do brillan, como brillan los luceros,
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan
Aventajando al oro de la Arabia,
Recoge en parte delicada toca,
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea
Gallardo velo de tejida plata,
Prendido con un rico camafeo,
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva
Cubierta la hermosísima garganta,
Los bellos brazos, el pulido talle,
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,
De los dulces afectos de su alma
Dando indicios los ojos, en que brilla
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista
Respetuoso el pueblo se postraba,
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos
El gozo que en sus pechos se dilata,
Y que el amor del mando y de la gloria
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí (8) con verdes ropas,
Pacífico semblante y luenga barba,
Con ellos va, la pompa presidiendo,
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,
De libertos, de esclavos y de esclavas,
Treinta etiopes de atezados miembros,
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos
Fuertes argollas de bruñida plata,
Llevan cargados los robustos hombros
De cedro y de ciprés con grandes arcas,

En que va el acidaque (9) de la esposa,
Y los ricos presentes y las galas,
Vajillas, telas, pieles y alcatifas,
Que los deudos y amigos le regalan.

Otros conducen en pequeños cofres
De azabache embutidos y de nácar,
Ambares y perfumes, ricas joyas
Y hermosas plumas de colores varias.

Y cerrando esta grave comitiva
Veinte mancebos en hileras marchan,
Todos de las familias más ilustres,
Y del imperio todos esperanza;

Vestidos de morado, blanco y verde,
Y amorosas empresas recamadas,
Gallardos llevan con gentil despejo
Al hombro las ligeras azagayas.

Capitán de esta noble compañía,
De muchos á despecho y con no extraña
Sorpresa y con envidia, era el mancebo
A quien su origen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,
Abdimelik lo quiso, y esto basta:
Que el favor de tan altos personajes
Aun montes más difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa
La rica y lucidísima comparsa,
Hollando arena y esparcidas juncias,
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivas del inmenso pueblo,
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,
Se agolpa presuroso á todos lados,
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,
Garridas moras olorosas aguas
Y deshojadas flores dan al viento,
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,
Que en medio de naranjos y de palmas,
De Abderraman eternizando el nombre,
Oscurecia al templo de la Caaba (10);

Y concluido el azalá (11) escucharon
Con gran silencio la leyenda santa,
Que desde el almimbar (12) de cedro y oro
Pronunció el Almocrí (13) con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,
Cuando se terminaron las plegarias.
A hospitales, hospicios y prisiones,
A doncellas, á huérfanos y ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva
La mezquita dejaron, y la marcha
Dirigieron gozosos á la Almunia,
Do con su corte Hixcen los esperaba;

Pues aunque nunca los palacios deja
Y encantados jardines de Zahara,
Las riendas del gobierno abandonando
De su valido al celo y mano sábia;

Para mostrar de su favor lo firme,
Y la tierna amistad que le consagra,
Quiere á la boda y al nupcial banquete
Con su presencia dar más lustre y fama.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir con sus risueñas aguas
De la Almunia el magnífico palacio
Como en luciente espejo retrataba,

Donde en un gran salon, cuya techumbre,
De oro cubierta y de labores varias,
En cien columnas de lustroso mármol
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas
En esmaltes lucientes adornaban
Sentencias del Corán, y cuyo suelo
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres
Recibe grato el cordobés monarca:
Tiende á Almanzor la mano, á Omar saluda,
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza:

Y del regio turbante desprendiendo
Magnífico joyel, do se encerraba
De gran virtud un talisman antiguo,
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso
Un cuadrado jardin, al que cercaba
Verja de limpio bronce, se extendia,
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonoras fuentes,
Que en conchas de alabastro recobraban
Los copiosos raudales que esparcian,
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado
De leve seda de color de grana,
En tapetes y alfombras levantinas
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto
Hixcen el poderoso: seis esclavas
Sobre él suspenden el soberbio palio,
Que en seis varales de marfil descansa;

Y á ambas partes dos niños berberiscos,
En pebeteros de bruñida plata,
Queman preciosos bálsamos de Persia,
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Toman asiento á un lado y otro lado,
De brocado en costosas almohadas,
Los esposos, los padres, las doncellas,
Los mancebos tambien, las nobles damas,

Y los Amires (14), y Giafar con ellos,
De Córdoba Wacir (15), del regio alcázar
Supremo alcaide, y padre de Kerima,
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,
A quien por su señor Túnez aclama;
Con todos los excelsos personajes
Que al cordobés imperio lustre daban;

Y miéntras los esclavos les presentan,
En fuentes de oro y de cristal en tazas,
Los manjares y frutas exquisitas,
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingenios la alta gloria
De Hixcen en nobles versos celebraban,
De Almanzor y de Omar justos loores
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,
De Abdimelik la venturosa llama,
El poder celestial de la hermosura,
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero,
Jusef-Aben-Harum, al són del arpa;
Tú, cuyo claro ingenio inmortaliza
Ambos poemas de la guerra y caza.

Asunto de tu canto los amores
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,
Y lágrimas piadosas arrancaste,
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el Oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada (16).

En los bosques, praderas y jardines
Mesas cubiertas de manjares hallan
El pueblo, los cautivos, los esclavos,
Los monteros del rey, su noble guardia,

Y hierve entre los árboles y flores
La inmensa muchedumbre; y por el aura
Cunde la voz del popular contento
Al confuso rumor de orquestas varias.

Cubren el rio y su cristal esconden,
Con toldos y vistosas enramadas,
Y flámulas de seda y gallardetes,
Ligeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel día,
Y en silencio sus calles y sus plazas,
Que en los jardines plácidos de Almunia
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso
Que el dedo omnipotente le señala,
Se hundió en el mar Atlántico, y la luna
En todo se esplendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,
Y del parque las verjas, y del bosque
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron
Por todos lados bulliciosas danzas,
Donde clases y nombres confundidos,
Todo era regocijo y algazara.

Tenaz dolor en tanto, horribles penas
Del huérfano infeliz rompen el alma,
Las fiestas y la pompa de aquel día
Aumentando el rigor de sus desgracias;

Pues corazones míseros que esconden
Una profunda y dolorosa llaga,
Sienten más el rigor de sus latidos,
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamás con tal vehemencia en su memoria
De Zahira las últimas palabras
Reproducidas vió, nunca su pecho
Sintió más la orfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra
En un desierto, y sin objeto vaga
Por aquellos jardines espaciosos
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,
Ni bailes ve, ni mira luminarias,
Ni busca á sus amigos: mudo y solo
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su origen degradado, oscuro,
Piensa en Zahira, y piensa en que le llama
Un terrible destino, más terrible
Por el misterio que le encubre y guarda;

Pero piensa tambien en la belleza,
Lozana juventud, modestia y gracias
Que adornan á Kerima, y en su seno
Siente una conmocion que le acobarda.

De Zaide al lado, en solitarios bosques,
Entregado al estudio y á la caza,
O pensativo siempre y retirado
De Almanzor en lo interno del alcázar,

Es la primera vez que al mundo sale;
Y ni la régia fiesta, ni las galas,
Ni el espléndido lujo y aparato,
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atencion: Kerima sólo
En el banquete su atencion fijara,
Y ella no más en tan variado día
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crimen el haber dejado
Tantas horas su origen y desgracias
En hondo olvido, y por cerrar su pecho
A toda otra impresion, suda y trabaja.



¡Vanos esfuerzos!... sí, le ocupa todo
Ya de Kerima la beldad gallarda;
Reconócelo el triste confundido,
Y de su propio corazon se espanta.

Piensa ver ¡desdichado! que la sombra
De Zahira le sigue y amenaza,
Y que en torno le acosan y rodean
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,
La frente inclina, y consternado calla.

Almanzor, que benigno y despojado
Del aparato y gravedad, andaba
Acalorando entre el gozoso pueblo
El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco
Descubre acaso al Huérfano, se pára,
Y se acerca; y asiéndole la mano,
Cariñoso le dice estas palabras:

«¿Qué es esto, capitán de los donceles?
Flor de la juventud, ¿por qué no bailas?...
Ven, yo te buscaré tal compañera,
Que no te pese, y que me des las gracias.»

Y al través de confusa muchedumbre,
Sin esperar respuesta, lo arrebató
A un risueño verjel, donde reunido
Lo más ilustre de la corte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre
En asiento de mármol descansaba,
Y el mancebo Zeir también con ella,
Que en aquel punto de danzar acaban,

Y dícele Almanzor: «Bella Kerima,
De las nobles doncellas capitana,
Con este capitán de los donceles
Debes lucir tu gentileza y gracia.»

«Sal, y baila con él, que más gallardo
Compañero es difícil que encontraras.»
Giafar en Almanzor y en aquel joven
Ojos que anuncian la sorpresa, clava:

Los suyos honestísimos al suelo
La modesta Kerima humilde baja,
Y de Zeir en el semblante brillan
Confusa turbación, oculta saña.

Sonríese Almanzor, y persistiendo
En que mire Kerima al joven grata,
Ase del brazo á la gentil doncella,
Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,
Y las matronas y las nobles damas
En rededor se agolpan, deseosos
De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzón gallardo,
Que á sí ha llamado toda la jornada
La atención general; y la pregunta
De *¿quién es?* sin respuesta en torno vaga:

Pues los que le conocen, no ignorando
Su origen y el favor del Hagib, callan:
Sólo Giafar á pronunciar se atreve,
Un expósito vil, aunque en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,
Mirándole con ojos como brasas,
Y diciendo en voz alta y firme á todos:
«No hay más que preguntar: este es MUDARRA.»

Tal era el nombre pues de aquel mancebo
Que ya los ojos del concurso encanta,
Viéndole al lado ilustre de Kerima,
Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al són de los suaves instrumentos
Los tiernos brazos con modestia enlazan,
Y al compás de los crótalos sonoros
Airosos mueven la ligera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,
Dice á Giafar: «¡Qué copia tan gallarda!...
Parece que el destino venturoso
Para unirlos por siempre, los formara.»

Tembló el feroz Giafar, desconcertado
Del Hagib Almanzor á las palabras,
Como quien ve á sus piés horrenda sima
Del súbito relámpago á la llama:

Mas del Hagib temiendo el poderío,
Se esfuerza en ocultar su pasmo y rabia,
Y aumenta el odio que al gallardo joven
Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entre tanto
En la gentil pareja dominaban!
A Kerima un afán desconocido
Le agita el pecho, le conmueve el alma;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,
De cerca al contemplar belleza tanta,
Y al enlazar con temblorosos brazos
El talle peregrino, se abrasaba.

El compás de la música perdieron,
Se encontraron sus ojos veces varias,
Amor encadenó sus corazones,
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elegios lisonjeros,
Con grande turbación ambos se apartan:
Volvió Kerima al lado de su padre,
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis días prosiguieron los convites,
Bailes, festejos, músicas y zambras;
Seis días que pasaron tan veloces
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de Kerima
El Expósito ilustre al lado estaba,
Y ambos nutrieron en sus almas puras
De una ciega pasión la ardiente llama.

Para dar fin á tan famosas fiestas
Dispúsose de Córdoba en la plaza,
Celebrando la unión de los esposos,
Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando
De luz torrentes á la tierra daba,
El ronco són de trompas y clarines
Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,
Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;
Y las damas de cuenta y personajes
Ocuparon balcones y barandas.

En el más eminente, engalanado
Con pabellones de risueña grana,
Cordonajes y flucos de oro y seda,
Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,
Y Omar, cubiertos de costosas galas,
Giafar con su Kerima, y lo más noble
De la corte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aún no habían
Estrenado su pecho en las batallas,
Se dispuso la fiesta, demostrarse
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,
Y un jefe cada cual gobierna y manda;
Era jefe Zeir de la primera,
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos
Hechos de rojas flores de granada,
Los que obedecen á Zeir, se muestran
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas
De hojas sutiles de bruñida plata,
Y de su cabo la amorosa empresa
Con esmalte esculpida en las adargas:

Era un sol en zenit resplandeciente,
Y un águila que en él la vista clava,
Y en derredor este arrogante mote:
¿Quién donde miro yo, mirar osara?

De verde y de morado va vestida
La cuadrilla del huérfano Mudarra,
Y son flores de adelfa los penachos,
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobeses potros alazanes,
Que en la arena pausados el pié estampan,
Llevan todos conformes las empresas
Con el joven caudillo que los manda.

Es una oscura y borrascosa noche
Con un lucero que su horror aclara,
Y ¡*Ojalá que su luz la niebla rompa!*
La letra que relumbra en las adargas.

Al són de belicosos instrumentos,
Por partes diferentes en la plaza
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso
Y el rumor popular asorda el aura.